
Fratini, C. (junio, 2022). "Tener memoria, ponerse a imaginar. Reseña de *La gran avenida*, de Larisa Cumin". En *Catalejos. Revista sobre lectura, formación de lectores y literatura para niños*, 14 (7), pp. 343 – 347.



Larisa Cumin
La gran avenida
Universidad Nacional del Litoral
Vera editorial cartonera
Colección Almanaque
2020
36 páginas

**Tener memoria, ponerse a imaginar.
Reseña de *La gran avenida*, de Larisa Cumin**

Carlos Fratini¹

Larisa Cumin nació en Santa Fe, en 1989. Es Magíster en Escritura Creativa por la Universidad de Tres de Febrero. Publicó los títulos *Flaquito* (Corteza, 2014) y *La escapista* (Club Hem, 2018). A continuación, esbozamos unas notas sobre su último libro, *La gran avenida*, publicado en 2020 por Vera editorial cartonera y conformado por dos secciones: por un lado, una selección de tres poemas de *La escapista* y, por el otro, tres textos agrupados bajo el nombre "La gran avenida", escritos entre 2015 y 2019.

¹ Estudiante del Profesorado y la Licenciatura en Letras de la Universidad Nacional de Mar del Plata. Becario Estudiante Avanzado adscripto a la cátedra de Taller de oralidad y escritura I y II. Investigador en formación del grupo Problemas de Literatura Comparada.
Correo electrónico: cf-96@hotmail.com

1

Larisa Cumin tira del hilo del pasado y de la lengua e hilvana una poesía que articula *experiencia e historia* (Saer, 1977). En la primera parte de su libro se destaca la omnipresencia de “Lelo”, una voz que habla –“es la luz mala... no te juntes con esa chica” (p. 7)– y escucha –“Lelo, / la lata / de chorizo en grasa / Lelo, ya te los comiste?” (p. 8)–. Su figura marca un recorrido familiar, una experiencia, un habla y un decir privados, que coexisten con proyecciones históricas: el falo conquistador de Juan de Garay, la fundación de Santa Fe en tierras quiloazas, la ciudad de Pompeya, Perón. De este modo, la experiencia y la historia se entrecruzan en el ejercicio de tirar del hilo y se pliegan al avance de una voz que, como en el poema “Por si tira” –la médula sonora de este libro–, crece y se transforma instintivamente: “es un hilo a veces la palabra / del que tiro / a ver qué onda / qué suena / qué dice” (p. 10).

2

Larisa Cumin se refiere a “La gran avenida” como un *cover* o una traducción de “La Gran Salina”, de Ricardo Zelarayán. En efecto, su poema deja ver las huellas de un texto anterior que es interpelado y reescrito verso a verso. En ese proceso, Cumin se apropia del poema de Zelarayán y cambia su locación “original”: de las Salinas Grandes en la provincia de Córdoba, a la avenida Blas Parera, al norte de la ciudad de Santa Fe. Este desplazamiento, que salta a la vista desde el inicio del texto, implica un desarrollo de la experiencia en el lugar de la infancia y la adolescencia. En ese punto, la autora ofrece una novedad: si en “La Gran Salina” el poeta “recuerda” o “sueña” los salares a medida que ve, descubre y reflexiona sobre imágenes diarias o artificiales, en “La gran avenida” se reconstruyen escenas de una vida anterior. El poema se constituye, en una trenza doble, del sueño de la gran avenida y su presencia inquietante, y de escenas de juventud y niñez (el tranco apurado en la vuelta de la escuela, la compra de pilas, velas y espirales, el pizarrón que decía *zandias caladas*, el calor del asfalto que ablandaba la suela de las ojotas, la voz del Lelo, la cumbia que hacía el sonido de ambiente de las tardes). El espacio y la memoria, en vaivén, permiten que el poema avance para dar lugar a nuevos despuntes: “No sé si tengo memoria o me pongo a imaginar” (p. 24).

3

En “La Gran Salina”, Zelarayán desdeña la palabra poética en sentido metafísico: “La palabra misterio hay que aplastarla / como se aplasta una pulga, / entre los dos pulgares. / La palabra misterio ya no explica nada” (2017, p. 27). En “La gran avenida”, Cumin plantea un corrimiento en el que, en el núcleo de la palabra poética, se disputa un sentido político: “La palabra ministerio hay que aplastarla / como se aplasta a un perro / bajo las ruedas. / La palabra ministerio ya no explica nada” (p. 22). Y más adelante: “y los ministerios que cierran / como fábricas” (p. 27). En esa línea, el poema “Los días más felices” relata cómo un grupo de chicos caza gansos del lago del Parque Garay, en Santa Fe, para después comerlos. No se trata, como se ve, de cisnes rubendarianos, sino de gansos que nadan en el agua marrón.

4

En una lectura homenaje, el poeta Santiago Venturini propuso –palabras más, palabras menos– que no existe la poesía argentina si no se considera a Fernando Callero. Si bien en un principio esta declaración puede parecer exagerada, lo cierto es que debe ser leída esbozando algunos argumentos. Por un lado, es cierto que la obra –y la persona– de Callero ofrecen a la poesía nacional una vitalidad con muy pocos precedentes: uno ingresa en sus libros y plaquetas y, al salir, ya no es el mismo, algo ha cambiado, porque en sus versos se exhibe una forma personalísima del mundo, de la conversación, de la amistad, del disfrute, de la fiesta. Así se deja ver en el poema “Leyendo a Callero mientras espero el delivery”, de Beatriz Vignoli, que termina diciendo: “me siento nuevamente parte de algo” (2017, p. 35). Por otro lado, Callero puntúa la poesía del litoral y, por ende, la argentina, de un modo que, al menos visto desde la provincia de Buenos Aires, pareciera ofrecer una resistencia a los tópicos y lugares comunes del litoral (si es que existen, claro, los tópicos y lugares comunes del litoral). Callero es litoraleño, pero en su poesía la presencia del río y de la pampa húmeda es tangencial: hay ahí una diferencia respecto de la poética expansiva de Juan L. Ortiz, cuyo alcance perdura hasta hoy. En este punto, la obra de Larisa Cumin expresa algo similar a la de Callero: el poema escribe un nuevo espacio, a medio camino entre lo urbano y lo rural, un espacio barrial, pero con el Paraná o el Coronda escritos oblicua y lejanamente. En *La gran avenida*, el pueblo, la feria, los

tinglados, el cementerio, la ciudad, los parques, la banquina, el asfalto, los terrenos baldíos, los barrios vistos desde *Google Maps* son la transcripción por la que el cuerpo y la escritura de poesía se movilizan y desplazan.

Coda

La tarde soleada del domingo 5 de diciembre de 2021, Larisa Cumin leyó como invitada del 10° Festival de Poesía Latinoamericana de Bahía Blanca en la Plaza del Algarrobo, un terreno recuperado por el que antiguamente pasaban los trenes hacia Ingeniero White. Leyó algunos poemas de *La escapista* (el público aplaudió con entusiasmo la lectura de “Por si tira”) y luego, para terminar, “La gran avenida”. Algo fundamental sucedió en la lectura de este poema. Cumin leía interrumpida por el silbido lejano de un tren carguero. Cada vez que el vapor se dejaba escuchar, ella se detenía hasta que el sonido se apagara. Esto sucedió al menos tres veces. Al finalizar, el poeta Gastón Vázquez se acercó a un grupo que conversaba y trajo a la memoria algo que nadie, excepto él, había recordado: en “La Gran Salina”, el poema de Ricardo Zelarayán que Cumin toma como origen de su propia variación, los trenes de carga atraviesan la noche de la Salina Grande.

¿Qué pensaría Ravel, el finado,
si caminara como yo en ese momento
por la Gran Salina?
Ravel, púdico sentimental,
te imagino tocando el piano que hoy vi colgado
entre el piso 12 y el piso 13.
Sí, pobre Ravel de 1932
con un tumor en la cabeza que ya no lo dejaba componer.
Ravel tocando solo,
de noche (pero eso sí, absolutamente solo)
los «Valses nobles y sentimentales» en medio de la Gran Salina.
Estoy seguro que se hubiera interrumpido
al escuchar el silbato lejano de la locomotora,
para ver el haz de luz a la distancia
y la penumbra sobre la Gran Salina. (2017, pp. 32-33)

Por unos segundos, la tarde soleada del domingo 5 de diciembre de 2021, Larisa Cumin fue una Ravel interrumpida por el sonido largo y lastimero de un tren fantasma, que silbaba y se infiltraba entre sus versos.

Referencias bibliográficas

Cumin, L. (2018). *La escapista*. La Plata: Club Hem Editores.

Cumin, L. (2020). *La gran avenida*. Universidad Nacional del Litoral: Vera editorial cartonera.

Saer, J.J. (1977). "Sobre la poesía". *Poesía y poética*. Número 27, pp. 79-81.

Vignoli, B. (2017). *Árbol solo*. Rosario: Iván Rosado.

Zelarayán, R. (2017). *Ahora o nunca. Poesía reunida*. Buenos Aires: Editorial Argonauta.

Vottero, B. (junio, 2022). "Con ojos de niño. Reseña de Antojitos de humor (Limericks)". En *Catalejos. Revista sobre lectura, formación de lectores y literatura para niños*, 14 (7), pp. 348 - 353.



María del Carmen Reyes
Dibujos: Constanza Taboada
Antojitos de humor (limericks)
Santa Fe
Ediciones UNL – Vera Editorial
Cartonera
Colección Irupé
2020
40 páginas

Con ojos de niño. Reseña de *Antojitos de humor (Limericks)*

Beatriz Vottero¹

El vocablo “antojitos” nos remite (creo que casi necesariamente) a esos deseos irrefrenables, que a veces nos vienen, de obtener algo que nos gusta mucho o incluso algo desconocido, pero que se presupone exquisito. Una especialidad culinaria (como las milanesas de la abuela), una fruta madura, un bocadito que se disuelve en

¹ Profesora y Licenciada en Letras Modernas, Universidad Nacional de Córdoba. Especialista en Lectura, Escritura y Educación, y Diplomada en Educación y Nuevas Tecnologías, FLACSO-Argentina. Docente e investigadora en la Universidad Nacional de Villa María, Córdoba, Argentina. Miembro de comités académicos nacionales e internacionales. Expositora y panelista en numerosos encuentros académicos. Ha escrito y co-escrito clases para cursos de formación del INFD y del ISEP (Córdoba). Sus publicaciones versan sobre literatura, lectura, escritura y enseñanza de la lengua y la literatura. Correo electrónico: beatriz.vottero@gmail.com

cierto aroma inconfundible. En este caso, *Antojitos de humor*, como los llama María del Carmen Reyes, avisándonos, de entrada, que la bandeja que nos extiende contiene “tres docenas” (p. 7).

En el prólogo, María Laura Belluccini reconfigura a su vez esa imagen en una espléndida metáfora: el “plato” del *irupé*, que es el nombre de la colección a la que el libro pertenece y –por supuesto– el de la preciosa flor del litoral, como una bandeja de sabores y colores para servirnos a gusto:

Las aguas mansas y marrones de los ríos de nuestro litoral suelen poblarse de brillantes platos de irupés que navegan y se desplazan río abajo. El alboroto de garcitas azules, biguás, benteveos y chajás, nos están anunciando que uno de estos platos viene cargado de antojitos con versos para degustar y saborear (p. 5).

Seguidamente, con palabras sencillas, diría gráciles, propias de quien conoce la literatura infantil y también, sin duda, los perfiles de las y los lectores adultos de libros para las niñas, María Laura entreteje a esa invitación, conceptos centrales de forma y estilo propios del *limerick*, el formato poético escogido por la autora para sus versos.

Desde luego, la referencia a María Elena Walsh en nuestra tradición se vuelve ineludible. Algo de su tono, de su búsqueda musical para la estrofa hay también en este libro de María del Carmen Reyes, que se potencia –desde ya– en un estilo personal donde el absurdo y el disparate, propios del género, se instalan en los más diversos paisajes y en algunos escenarios argentinos bien trazados y reconocibles, como las imágenes que se mencionan asimismo en el prólogo: “glaciares de chocolate en Calafate, (...) yacarés que ganan festivales de chamamés” (p. 6), a las que sumamos la presencia del carpincho y del caballo en la llanura, la escasa lluvia en Catamarca, el piojo que baila malambo, la comparsa de Coronda, el carnaval de Acebal, la vizcacha de Santa Rosa de Calamuchita, el colibrí de Chajarí y el chef de Santa Fe. Sin olvidar menciones a Río Hondo, a Neuquén, a Salta, a San Andrés.

*Antojitos de humor*² es, así, un libro para los niños, y también –como toda buena obra de la literatura infantil y juvenil– para cualquier lector, sin importar su

²Disponible:

https://bibliotecavirtual.unl.edu.ar:8443/bitstream/handle/11185/5639/20200824_VERA_antojitos_reyes_DIGITAL.pdf?sequence=1&isAllowed=y

edad. La impronta del género ha sido bien trabajada y aprovechada por María del Carmen Reyes, tomando, de esta manera, algo propio del folklore anglosajón para reinventarlo y traerlo a las infancias de este lado del planeta.

El juego con la rima, con los sonidos, con el malentendido y los doble-sentidos de las palabras le descubren las vetas más graciosas a una escena cualquiera, convirtiéndola en objeto de disfrute para quien lee, para quien escucha. Porque el *limerick* tiene un ritmo que, aun leyéndolo apenas con la vista, se le “oyen” su musicalidad y su gracia. Mucho más si se dicen con la voz.

Por todo ello, *Antojitos de humor* es un libro valioso para el aula, para las abuelas que leen poesía a sus nietos, para los fines de semana y también para los lunes, martes, miércoles, jueves y viernes. Con él se aprende a escuchar, a rimar, a degustar no solo las imágenes como bocaditos sabrosos, sino la pulpa de las palabras, sus jugos escondidos, su potencial significante que siempre va mucho, mucho más allá del diccionario cuando estamos jugando. *Antojitos de humor* es, sí, un libro para jugar, un libro lleno de juegos de palabras y de palabras en juego; de versos, de estrofas, de un sinfín que puede leerse o cantarse verso a verso como una canción sin final, a la que le podemos agregar, también jugando, nuestros propios *limericks*. No importará si no salen a la perfección, o les falta un pedacito; lo cierto es que se trata de un libro que invita a probar jugar con las palabras, a darlas vuelta, a buscarles sentidos insólitos sabiendo que todo, todo es posible. Quizás ese haya sido el primer gustito o antojito que se dio la autora, a quien –tal vez, o seguramente– le leyeron o le cantaron los versos de María Elena Walsh cuando era chica, y se animó a sentir que las palabras locas viajan por el mundo buscando dónde hacer un nidito, hasta que lo encuentran en las manos pequeñas de un niño, o de quien se siente (y es capaz de sentirse) niño, niña para siempre.

Los dibujos de Constanza Taboada dan cuerpo a la picardía de los versos, ofreciéndose al lector también como un juego de imaginación que construye las escenas que habitan los pequeños poemas, sin perturbar la propia fantasía de quien lee.

La inserción del libro en la Colección Irupé de la editorial de la Universidad Nacional del Litoral, Vera Cartonera, hace honor al epígrafe incluido en cada libro de la colección, que dice de sí: “Como el irupé en nuestros ríos, los textos de esta

colección que vuelven sobre los diferentes tiempos y espacios de las infancias, se desplazan, circulan” (Reyes, 2020, p. 2).

Se trata de una colección de libros para niños dirigida por Patricia Torres, especializada en la LIJ y con enorme trayectoria en diversos campos de la enseñanza de la lengua y la literatura. Además de este título, la colección cuenta con *La casa del viento*³, de Alicia Barberis (2020), con dibujos de Luciana Guerra y prólogo de María Teresa Andruetto.

Están prontos a salir (apenas falta, al momento de escribir esta reseña, que se suban a la página web de la editorial) *Lila escribe*, de Nelvy Bustamante, con prólogo de Gigliola Zecchin (Canela) e imágenes a cargo de María Paula Dufour; y *La infancia en el cuadro (de Honor)*, de Istvansch.

La Directora de la colección nos adelanta que, en el postfacio de su libro, Istvansch escribe:

Este relato (¿o cuento?, ¿o crónica?) fue escrito a pedido de FILBA (Festival Internacional de Literatura Infantil de Buenos Aires), para la mesa redonda El pueblo de mi infancia (General Villegas, agosto 2017), en donde una buena diversidad de autores y autoras de provincia nos autorretratamos, en aquellos antaños de vereda y calle.

Cuando me lo pidieron pensé expresamente que sería ideal para, extendiéndolo, leerlo ese mismo año en el momento de la entrega de la declaración de Ciudadano Ilustre, en mi pueblo de la infancia, San Jorge (un honor que nunca dejaré de emocionarme).

Hoy, en que a través de esta edición se hace cuerpo en tus manos, ese camino termina de tener sentido al encontrarse con tu propia infancia, que ojalá también sea (o haya sido), algo para poner en un cuadro.

Del libro de Nelvy Bustamante, nos cuenta que es de poesía, y que originariamente fue pensado, por ella y María Paula Dufour, como un libro álbum.

Patricia Torres es conocida en los ámbitos académicos por el profesionalismo y la amorosidad con que trabaja, lo que da cuenta no solo de su experticia en el campo de la literatura infantil y juvenil, sino de su particular generosidad hacia los escritores y artistas.

³Disponible:

https://bibliotecavirtual.unl.edu.ar:8443/bitstream/handle/11185/5645/20200827A_VERA_lacasadelviento_WEB.pdf?sequence=1&isAllowed=y

Vera cartonera⁴, por su parte, es una editorial que se define en favor del acceso abierto y que se reconoce, con su par La Sofía cartonera, de la Universidad Nacional de Córdoba, como seguidora de la original Eloísa cartonera, fundada en tiempos de la crisis de 2001, en Argentina, por Washington Cucurto.

Vera cartonera se define como “un proyecto que pretende democratizar y redimensionar el alcance de la literatura desde políticas públicas y estatales, por medio de la integración de diferentes miembros de distintas comunidades en un mismo plano” (Vera Cartonera, s.p.). Encontramos, además, en la misma página, una hermosa referencia a su denominación (Vera Cartonera, s.p.):

El nombre de la editorial tiene una justificación que incluye varios sentidos: la continuidad con la práctica de las editoriales cartoneras de elegir un nombre de mujer; la alusión al lugar de producción, es decir, nuestra ciudad, Santa Fe de la Vera Cruz; la referencia a las orillas que también signan nuestro habitar dado que nuestra ciudad está rodeada por ríos; la insinuación de cierto modo de ver el mundo que fantasea con alguna pretensión de “verdad” y el envío a la planta de nombre científico *Vicia-sepium*, comúnmente llamada “vera”. Este último sentido se recoge en el diseño del sello creado para imprimir de modo manual en el interior y en el exterior de cada libro.

Por todo ello, esta reseña intenta ser algo más que una lectura descriptiva o un comentario calificado de *Antojitos de humor (limericks)*. Pretende ser un gesto que invita no solo a servirse del plato del Irupé, sino a subirse a él y dejarse llevar por la corriente, mansamente en aguas abiertas o por entre rumorosos zócalos isleños, sabiendo que “el alboroto de garcitas azules, biguás, benteveos y chajás” (Belluccini, 2020, p. 5) siempre anuncian algo importante, vital, para quien se entrega a la buena lectura.

⁴ <https://www.fhuc.unl.edu.ar/veracartonera/>

Referencias bibliográficas

Barberis, A. (2020). *La casa del viento*. Santa Fe: Ediciones UNL – Vera Editorial Cartonera.

Bellucini, M. L. (2020). Prólogo. A modo de invitación. En M. del C. Reyes, *Antojitos de humor (limericks)* (pp 5-6). Santa Fe: Ediciones UNL – Vera Editorial Cartonera.

Vera Cartonera (s.f.). Inicio. Recuperado de <https://www.fhuc.unl.edu.ar/veracartonera/>